

El largo camino de Juan Preciado hacia el Mictlán

CRISTINA BARTOLOMÉ MARTÍNEZ

UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

Rulfo escribió una novela de muertos, o mejor dicho, de almas. Escribió una novela de desencarnados remitiéndose –tal vez inconscientemente– a mitologías ancladas a la tierra como las almas de los personajes de la novela lo están a Comala. *Pedro Páramo*, publicada en 1955, ha suscitado numerosos estudios que se han apoyado en líneas de interpretación muy diferentes, utilizando el punto de vista formalista, el sociológico, el polifónico y –desde luego– el mítico. Si partimos de este último, del punto de vista mítico, tampoco se simplifica la cuestión, puesto que tenemos, en cualquier caso, dos corrientes bien diferenciadas: la primera sugiere una relación de la novela de Rulfo con la mitología occidental grecorromana o judeocristiana y con la literatura occidental europeizante. En este extremo situamos, por ejemplo, el análisis que de *Pedro Páramo* hizo Carlos Fuentes (1980: 19-30) y que halla en el viaje de Juan Preciado el elemento mítico clásico de la búsqueda del padre identificando al hijo del cacique comalense con Telémaco, buscando a su padre Ulises. También ejemplifica el arquetipo de la bajada al infierno con el mito clásico de Orfeo. La segunda, encuentra referencias más cercanas en la mitología autóctona mexicana, concretamente en personajes, mitos y leyendas del pueblo azteca, pobladores de las actuales tierras de Jalisco, estado mexicano en el que vivió Rulfo. Lienhard también rastrea en la novela el mito de la búsqueda del padre, pero lejos de cruzar el océano para encontrar un origen a esa búsqueda, aventura la hipótesis de un sustrato autóctono, rural e indígena y, sobre todo, en la cosmogonía prehispánica, así, parangona el viaje de Juan Preciado al de Quetzalcóatl, que desciende al país de los muertos en busca de su padre. Respecto a concretar demasiado una zona de procedencia del mito autóctono, Lienhard nos recuerda en su artículo titulado “El substrato arcaico en *Pedro Páramo*” que “dado que los elementos que entran en los textos de Rulfo son, de todos modos, de procedencia difícil de definir, la cosmovisión azteca nos sirve de alguna manera como sistema de referencia de todas las cosmovisiones arcaicas del México actual” (Lienhard, 1992: 846).

Para nosotros es obvia la filiación de los textos de Rulfo –no sólo de *Pedro Páramo*– con el universo prehispánico, así como con el ruralismo indígena y pobre. Así que partiendo de la base de que *Pedro Páramo* hinca sus raíces en el universo prehispánico del que venimos hablando, nuestro análisis va a asentar un paralelismo entre el viaje que Juan Preciado realiza en la novela y otro recorrido mítico que ocupa un lugar importante en la mitología azteca: el que conduce a las ánimas desencarnadas hacia el *Mictlán*, lugar que habitan los muertos. En el artículo antes mencionado, Lienhard establece en su análisis de *Pedro Páramo* una analogía con dos lugares mitológicos de gran importancia en la cosmogonía azteca: el Tlalocan y el Mictlán. Dos de los destinos del alma, radicalmente opuestos, a los que, si tuviéramos que buscar un paralelismo en la cultura occidental cristiana, compararíamos con el Paraíso y el Infierno.

Siguiendo a Lienhard, ambos mundos estarían presentes en *Pedro Páramo*, es más, ambos serían Comala. Comala en diferentes tiempos –el de Juan Preciado, y el del pasado, perteneciente a su padre– que, a causa de la fragmentación cronológica de la obra, se nos hacen tremendamente distantes. El Tlalocan y el Mictlán eran, como hemos dicho, dos de los posibles destinos que tenía el alma *teyolía* después de desencarnar y la decisión de qué destino tomar no correspondía al alma, sino a los dioses. Cualquiera de los dos lugares nos sitúa en el ámbito de la vida ultraterrena; por lo tanto, Comala, y en esto parece haber bastante acuerdo, es una tierra de seres desencarnados, de muertos.

Nosotros vamos a centrarnos en el personaje de Juan Preciado. De acuerdo a nuestro enfoque, deberemos dejar de lado la idea del Tlalocan, ya que Juan Preciado jamás va a conocer semejante jardín de paz. Para él sólo hay Mictlán. De hecho, y dejamos aquí una puerta abierta para otra posible investigación, si quisieramos que el análisis y el parangón se tornaran aún más suculentos –o truculentos–, podríamos establecer que lo que se esconde tras el viaje de Juan Preciado no es sencillamente el mito azteca del *Mictlán*, sino el arquetipo universal del alma que regresa a las profundidades del ser en un viaje introspectivo que encontraría su correspondencia en mitos de todas las culturas que posean una cosmovisión, una manera propia de interpretar el mundo y, lo que es aún más inquietante, la vida.

Antes de empezar a acompañar a Juan Preciado en su viaje, tal vez sería útil definir algunos términos importantes como alma *teyolía* o *Mictlán*. Alfredo López Austin explica en *Cuerpo humano e ideología* (1989: 197-221), que la cultura azteca distinguía entre tres centros anímicos y, por lo tanto, tres áimas. Este autor define “centro anímico” textualmente como “la parte del organismo humano en la que se supone existe una concentración de fuerzas anímicas, de sustancias vitales, y en la que se generan los impulsos básicos de dirección de los procesos que dan vida y movimiento al organismo y permiten la realización de las funciones psíquicas” (1989: 197). Así distinguimos en el mundo azteca el alma *tonalli*, el *teyolía* y el *ihiyotl*. Sería demasiado complicado explicar, por la extensión, la diferencia entre las tres entidades anímicas. Podemos, eso sí, hacer una referencia a cada una de ellas y comentar que el alma *tonalli* se consideraba un vínculo personal con el mundo de los dioses y de forma material se entendía como un hilo que salía de la cabeza del individuo (por eso la cabeza era una de las partes del cuerpo por donde podía escaparse el *tonalli*). Determinaba, a grandes rasgos, el valor anímico del individuo. La salida del *tonalli* del cuerpo significaba enfermedad, podía estar fuera, pero poco tiempo, ya que era indispensable para la vida.

López Austin nos dice que, actualmente, el destino es llamado también *tonalli*, y es quien decide cuál será el lugar definitivo de residencia para las almas (López Austin, 1989: 362). También opina que esta naturaleza del destino deriva de la lucha por el alma que se establece entre Dios y el demonio durante las primeras horas de vida del ser. En el caso de Juan Preciado, o de cualquiera de los habitantes de Comala, parece claro el determinismo que los condena a vagar hacia el infierno. De la narración y descripción de Comala se induce que no hay posibilidad de salvación para nadie, al menos no en este Comala, tan lejos de aquél tan idealizado del que hablaba Doloritas y que, siguiendo a Lienhard, mantendría una estrecha relación con el mito del *Tlalocan*. Estamos hablando de fatalismo. En Comala no existe el libre arbitrio y en ese punto el libro se aleja radicalmente de las creencias cristianas –según las cuales la actitud durante la vida, así como el arrepentimiento pueden hacer que el destino del alma cambie–, acercándose más al fatalismo indígena. Está incluso más cerca de las actuales creencias, que de las de los antiguos nahuas, en las cuales la influencia del destino, si

bien determinante, lo era menos y, como mínimo en parte, la conducta del ser humano influía en el destino del alma.

No queremos dejar de mencionar el *ihiyotl*, la entidad anímica que se situaba en el hígado. Se le llama, cuando sale del cuerpo, “aire de noche” y es considerada una sustancia maligna, hasta el punto de atacar a los seres humanos. Comala podría estar llena de “aires de noche”, de ahí los murmullos y las sombras, aunque los fantasmagóricos habitantes de Comala no parecen tener más poder de ataque que el miedo que le causan a Juan Preciado. El *teyolía*, en cambio, era la entidad anímica destinada a dirigirse a uno de los cuatro destinos del alma de los que nos hablan las fuentes¹: el *Mictlán*, el *Tonátiuh Ilhuícac* (al que iban los muertos en batalla, las mujeres fallecidas durante el primer parto y las víctimas de los sacrificios), el *Tlalocan* (justo lo opuesto al *Mictlán*, allí iban aquéllos cuya muerte estaba relacionada con la lluvia, las aguas o el sacrificio al dios Tláloc) y el *Chichihualcuauhco* (lugar de reposo de los niños muertos durante el período de lactancia). El *teyolía* es pues la entidad anímica que viaja al reino de los muertos, la que, desde los primeros días de la Colonia, empezó a identificarse con la palabra española “ánima”. Pertenece al corazón y como características, actualmente se le atribuyen el calor durante la vida, y el tornarse frío con la muerte.

Parece ser, que al fallecer el cuerpo, la separación del alma *teyolía* no era inmediata y suponemos que el centro de conciencia se quedaba cerca del cadáver. La cremación del cuerpo tenía lugar cuatro días después, en ese momento el *teyolía* partía y se quedaba otros cuatro días sobre la tierra antes de descender al *Mictlán*. Así pues, en total el *teyolía* se quedaba ocho días cerca del cuerpo y de los lugares que éste ha habitado antes de empezar su penoso viaje. Por esto, y haciendo un análisis ciertamente arriesgado, se podría suponer que Juan Preciado llega a Comala ya muerto después de llevar unos días vagando por la tierra, encaminado hacia su destino: Comala, donde empieza su descenso hacia el *Mictlán* y su toma de conciencia de su situación como desencarnado. Al *Mictlán* llegaban –citamos a Austin–:

[...] los muertos sin gloria, los que no habían sido elegidos por un dios, los que perecían por enfermedad común y corriente (*tlalmiquiliztli*, “muerte de la tierra”, muerte causada por las fuerzas telúricas), pasaban al helado camino

¹ Nos basamos en López Austin que, a su vez, cita como fuentes a Fernández Oviedo, Sahagún y Alvarado Tezozómoc.

del inframundo, camino que debían recorrer en un lapso de cuatro años, para llegar por fin al noveno lugar de la muerte, donde entregarían a Mictlantecuhtli los bienes que les habían servido en el viaje y esperarían su definitiva destrucción. En el trayecto sufrían penalidades y se topaban con peligros tan grandes, que era posible que desaparecieran sin haber alcanzado su meta. (López Austin, 1989: 380)

Dudamos que haya alguien con menos gloria que el pobre Juan Preciado, aunque seguramente cualquiera de los habitantes de Comala (a excepción tal vez de su padre, Pedro Páramo) podría competir con él. Está claro que ningún dios elige al pobre Juan Preciado, incluso se nos dice en un momento de la novela que fue hijo de su madre casi por casualidad, pues a punto estuvo de serlo de otra (de Eduviges). Es Juan Preciado quien elige, a la muerte de su madre y probablemente en el momento de su propia muerte, volver a la tierra de la que nació; allí va a volver a convertirse en tierra, pues es un hijo de la tierra y, como tal, a ella vuelve. La vida de la gente de Comala está marcada por el sufrimiento y la mediocridad, y se funde casi con la tierra árida y anónima.

Aunque a continuación nos vamos a encargar de repasar brevemente los puntos principales, que nos permitirían relacionar el recorrido de Juan Preciado hacia Comala con el recorrido del *teyolía* hacia el *Mictlán*, queremos destacar que hay, sobre todo, una característica común e importantísima que nos proporciona la certeza de estar en el peor de los posibles destinos del alma: la desazón que crea, lo que de sombrío y fantasmagórico tiene. El *Mictlán*, a diferencia de los otros destinos del alma, no era un lugar que pudiera hacer que la *teyolía* se considerara afortunada, no era un lugar para el reposo y el bienestar eternos, era, una vez más, un lugar de sufrimiento. Los trabajos de Juan Preciado se enmarcan, sin lugar a dudas, en este contexto. Y, para sostener esta idea, no olvidemos que el primer adjetivo con el que Juan Preciado describe Comala es “triste”:

-¿Está seguro de que ya es Comala?
-Seguro, señor.
-¿Y por qué se ve esto tan triste? (Rulfo, 2002: 66)

Pasemos a continuación a fijarnos en las semejanzas geográficas entre el trayecto de Juan Preciado y el que, según las crónicas de los informantes durante el

período colonial, conducía al *Mictlán*. Respecto a estas semejanzas, nos comenta Lienhard:

Las secuencias que suscitan o evocan el pueblo de Comala en la época del narrador-protagonista Juan Preciado ofrecen una serie de signos que lo identifican con el país de los muertos de las mitologías mexicanas (*Mictlán*, para los aztecas y los nahuas actuales). Para empezar, las alusiones a su situación geográfica: la lejanía respecto al mundo de los vivos, que exige un viaje penoso, y el hecho de situarse en una parte “baja” del mundo. En Pedro Páramo, el camino a Comala se representa como una bajada casi infinita que lleva a un lugar de mucho calor y sin aire. Juan Preciado llega literalmente exhausto. Hoy todavía, los chamulas del estado de Chiapas simulan en sus entierros el viaje penoso y largo que debe realizar el muerto para llegar a su destino. [...] La situación espacial de Comala (época de Juan Preciado) presenta, pues, una analogía clara con la del país de los muertos indígena: analogía estructural, no anecdótica. (Lienhard, 1992: 846)

Para analizar esta analogía nos vamos a servir de la voz de Juan Preciado y de las descripciones que hace del paisaje que ve a medida que se acerca a Comala. En efecto, el largo viaje y la bajada infinita son las primeras semejanzas que nos narra y la descripción sigue así: “En la reverberación del sol, la llanura parecía una laguna transparente, deshecha en vapores por donde se traslucía un horizonte gris. Y más allá, una línea de montañas. Y todavía más allá, la más remota lejanía” (Rulfo, 2002: 67).

Un paisaje a todas luces, o tal vez sería mejor decir a todas sombras, desolado y poco concreto; con esto quiero decir que en la descripción nos parece verlo como a través de la niebla, como un lugar que no se presenta a sí mismo claramente. Abundio, el arriero, es otra víctima de la misma situación, y es quien lo ayuda a alcanzar Comala, es su guía hacia el *Mictlán*. Sin él, Juan Preciado tal vez no hubiera conseguido llegar hasta allí, porque nunca hubiera identificado ese páramo sombrío con el paraíso que le refirió su madre. Por este motivo lo identificamos con el perro de pelo colorado que era enterrado con los difuntos –y del que nos habla Sahagún en la *Historia General*– y que los ayudaba a cruzar el último obstáculo, el río que los separaba del *Mictlán*.

[Y] después de pasados cuatro años el difunto se sale y se va a los nueve infiernos, donde está y pasa un río muy ancho y allí viven y andan perros en la ribera del río por donde pasan los difuntos nadando, encima de los perritos. Dicen que el difunto que llega a la ribera del río arriba dicho, luego mira el perro [y] si conoce a su amo luego se echa nadando al río hacia la otra parte donde está su amo, y le pasa a cuestas. [...] Y así en este lugar del infierno que se llama Chiconamictlán, se acababan y fenecían los difuntos. (Sahagún, 1938: 285-286)

Siguiendo con el texto de Rulfo, fijémonos en la sensación de asfixia que siente el protagonista a medida que se va acercando a Comala:

Después de trastumbar los cerros, bajamos cada vez más. Habíamos dejado el aire caliente allá arriba y nos íbamos hundiendo en el puro calor sin aire. Todo parecía estar como en espera de algo.

-Hace calor aquí –dije.

-Sí, y esto no es nada –me contestó el otro–. Cálmese. Ya lo sentirá más fuerte cuando lleguemos a Comala. Aquéllo está sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del Infierno. Con decirle que muchos de los que allí se mueren, al llegar al Infierno regresan por su cobija. (Rulfo, 2002: 67)

Los cerros, como veremos, también forman parte de la descripción que del *Mictlán* nos dan los informadores. Además, antes de llegar allí, al noveno nivel, el *teyolía* tenía que bajar por ocho páramos y por ocho collados, en los que el frío arrastraba piedras y plantas espinosas. Comala es, asimismo, un llano pedregoso y árido, pero en vez de hacer frío hace, como hemos podido leer, calor, el clima es abrasador. En este sentido, la descripción se parece más a la del infierno cristiano, hecho que podríamos atribuir al sincretismo que se produjo después de la Conquista, entre éste y el *Mictlán*. Si atendemos a la descripción completa del camino, las fuentes no son muy prolíficas en informaciones, e incluso difieren en su descripción. El *Códice Vaticano 3738* es el texto que da una descripción más completa del recorrido y los obstáculos que el *teyolía* iba encontrando. Cito a Austin:

1. “la tierra”, que debe entenderse como la capa más externa del inframundo,
2. “el pasadero de agua”,
3. “el lugar donde se encuentran los cerros”,
4. “el cerro de obsidiana”,
5. “el lugar del viento de obsidiana”,
6. “el lugar donde tremolan las banderas”,
7. “el lugar donde es muy flechada la gente”,
8. “el lugar donde son comidos los corazones de la gente”, y
9. “el sitio de obsidiana de los muertos” o “el sitio sin orificio para el humo” (López Austin, 1989: 381).

Sahagún, en cambio, difiere en ciertos puntos, aunque suponemos que se trata en general de descripciones alegóricas de peligros que pudieran acechar al difunto durante el trayecto. Comparando el texto rulfiano con la descripción del *Códice Vaticano 3738* (Anders, Jansen y Reyes, 1996: 39-53), la tierra se correspondería con el cruce de caminos donde encuentra a Abundio; el pasadero de agua lo relacionamos

con el tramo que avanza guiado por Abundio (que representaría, como vimos arriba, al perro bermejo que ayudaba al difunto a atravesar el pasadero). Respecto “al lugar donde se encuentran los cerros”, encajaría bien con la descripción que da Juan Preciado al divisar Comala por primera vez; “el lugar donde son comidos los corazones de la gente”, sería para nosotros Comala, allí donde mueren las personas. Por último, reconocemos “el sitio sin orificio para el humo” como la tumba desde la que nos habla Juan Preciado o, como lo describen los informantes de Sahagún, “al lugar obscurísimo que no tiene luz, ni ventanas, ni habéis más de volver ni salir de allí” (Sahagún, 1938: 283).

Juan Preciado llega a un lugar en el que le han dicho que no vive nadie, aunque él lo siente vivo, repleto de voces. Es un lugar vivo en la muerte, poblado por las voces de los muertos. Como nos dice Anthony Stanton en su artículo “Estructuras antropológicas en *Pedro Páramo*”: “[L]a inquietante presencia constante de ecos, murmullos, rumores [...] sirve para entrelazar el mundo de los vivos con el de los muertos” (Stanton, 1992: 861). Así que, lejos de servir para reivindicar que Comala es un pueblo vivo, sirven las voces y las sombras para manifestarse como un lugar habitado, pero habitado por muertos, un lugar de muerte. Con Eduviges Dayda tiene Juan Preciado su entrada definitiva al *Mictlán*: llama a una imaginaria puerta de aire y recibe el permiso para entrar allí: “-Pase usted [...] Y entré” (Rulfo, 2002: 71). Con esa puerta que se cierra nos adentramos en un nuevo mundo, Juan Preciado no parece darse cuenta de que está muerto, y por lo tanto, tampoco el lector. Son los habitantes de Comala quienes, desde el más allá, lo preparan para recibir esa noticia y lo acompañan en su viaje. Así, en el capítulo 17, llega a su destino final y empieza el diálogo desde la tumba. Este recorrido a través del paralelismo mitológico es, por supuesto, solamente una interpretación que podría dar origen a otra lectura más de la narración, tantas veces interpretada. Creemos de cualquier modo que, sin lugar a dudas, podemos hablar de un sustrato arcaico, que habita el inconsciente colectivo y que origina visiones e interpretaciones del mundo particulares en cada región de éste. Nos seguiremos preguntando si es disparatado pensar que Rulfo pudiera sentir, a través de los campos y la gente de su tierra, el pulso de aquél antiguo universo prehispánico.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERS, Ferdinand; MAARTEN, Jansen y REYES, Luis (eds.) (1996). *Códice Vaticano 3738*. México, Fondo de Cultura Económica.
- FUENTES, Carlos (1980). “Rulfo en el tiempo del mito”, en *Juan Rulfo. Homenaje nacional*. México, Instituto Nacional de Bellas Artes, pp. 19-30.
- LIENHARD, Martin (1992). “El substrato arcaico en Pedro Páramo”, en FELL, Claude (coord.), *Juan Rulfo. Toda la obra*. Madrid, Colección Archivos, pp. 842-851.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo (1989). *Cuerpo humano e ideología. La concepción de los antiguos nahuas*. México, UNAM.
- RULFO, Juan (2002), *Pedro Páramo*. Madrid, Cátedra.
- SAHAGÚN, Bernardino de ([1983] 1988). *Historia General de las Cosas de la Nueva España*. México, D.F., Editorial Pedro Robredo.
- STANTON, Anthony (1992). “Estructuras antropológicas en Pedro Páramo”, en FELL, Claude (coord.), *Juan Rulfo. Toda la obra*. Madrid, Colección Archivos, pp. 851-873.